

María Zambrano

Los bienaventurados

Introducción de Rosa Mascarell Dauder



Alianza editorial

El libro de bolsillo

Esta edición reproduce la fijación del texto realizada por Karolina Enquist Källgren, Sebastián Fenoy Gutiérrez y Jesús Moreno Sanz en el Tomo 2 Libros (1977-1990) del Vol. IV de las OO.CC. de María Zambrano, 2019.

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Fundación María Zambrano, 2019
© de la introducción: Rosa Mascarell Dauder, 2022
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-611-6
Depósito legal: M. 27.751-2021
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Introducción, por Rosa Mascarell Dauder
- Los bienaventurados
- 21 Introducción
- 29 I. El árbol de la vida. La sierpe
- 41 II. La corona de los seres
- 45 III. El exiliado
- 65 IV. El filósofo
- 87 V. Los bienaventurados
- 97 VI. El místico
- 105 VII. La respuesta de la filosofía
- 131 VIII. Las raíces de la esperanza

Introducción

El despertar de la conciencia es, para Zambrano, un viaje ritual que se manifiesta en un alumbramiento. En *Antígona* lo desarrolla en tres fases, tres mundos que se deben transitar para llegar a la conciencia: el primero son *los ínferos*, el espacio de los muertos, de aquellos que nos han precedido y cuyo legado pesa en nuestros hombros; el segundo es *la tierra*, el aquí y ahora con sus laberintos de familia e historia; y por último, *la aurora* de la conciencia que llega tras el sacrificio de haber pasado por todo. Así tenemos una urdimbre de tres tiempos, el pasado como infierno, el presente como laberinto y el futuro como luz auroral, los tres tejidos en el nacimiento de la conciencia. Y añade un tiempo más, «el tiempo de olvido», el tiempo que es un vacío que permite acoger los otros tiempos. «Con este olvido se les da tiempo», el tiempo necesario para recibir la «re-

velación, claros que se abren en el bosque de la historia». Debido a estos momentos de revelación, la historia es discontinua, la nuestra propia, la de cada persona y la de la historia en común en la que se dan tiempos de oscuridad en los que se va gestando algo que «cambiará el mundo». Sin la discontinuidad, «la historia quizás no existiría o sería muy diferente, una mera acumulación o duración superpuesta a la vida». La vida es discontinua pero el método es continuo, así lo afirma en su libro más conocido, *Claros del bosque*. Por ello propone un método al estilo musical en el que tengan cabida también los vacíos y los silencios y nos lo ofrece ejemplarmente en *Los bienaventurados*, seres para quienes «las cosas suceden dos veces: cuando se *sufren* y cuando se *conocen*», saben crear el silencio que propicia la escucha porque son seres «cuya pasión es el conocimiento».

En su propia introducción a *Los bienaventurados*, nos advierte Zambrano contra el peligro de que la filosofía se confine en lo « eminentemente profesoral », en clase magistral sin escucha. Es un ataque directo a la academia, que la seguía apartando con diferentes excusas. Para ella, la filosofía debe vivirse, es *pathos* y *logos* dirigido a la persona, a cada una «sin aglomeración». Por eso ella buscó siempre un lenguaje nuevo, enraizado en la poesía y la novela, para llegar a cada corazón. «Novela y poesía han reflejado, mejor que el conocimiento histórico, el ver-

dadero pasar, la verdad de las cosas que le pasan al hombre y su sentido íntimo», nos dice en *Para una historia de la piedad*. Así es como ensaya escritos como los de *Antígona* o *Diotima*, bienaventuradas en las que se retrata poética y vivencialmente. Todos *Los bienaventurados* tienen algo de María. No son delirios, son memorias de aquello que fue o quiso ser. María intuye que éste será el último libro que publique en vida. Podría escoger entre los libros que tenía hilvanados, *Los sueños y el tiempo* o *Historia y Revelación*, y optó por el más personal, en el que podía hacer repaso de su vida y dejar testimonio. Ella es todos sus bienaventurados: el exiliado, el filósofo y el místico.

«Al final de la tarde / no vale lo que queda / sino el impulso mágico / de la verdad completa», nos dice Ernestina de Champourcin, poeta de la generación de María Zambrano, la llamada del 27 o la de la II República. Y sabemos que para Zambrano el signo supremo de veracidad es el sentir y ésta será *la historia más verídica*, la que nos libere del hermetismo y de la mentira en que resulta muchas veces la narración de nuestra vida por no querer hacer frente al fracaso. El bienaventurado no teme al fracaso, quizás está instalado en él, y la piedad que manifiesta como fundamento de todo su sentir empieza siendo piedad por sí mismo. Ésta consiste en saber tratar con lo radicalmente diferente, no es simplemente tolerante, pues «la tolerancia no es comprensión ni tra-

to adecuado, es el mantener a distancia respetuosamente, eso sí, aquello con lo cual no se sabe tratar». Y el bienaventurado no se mantiene a distancia, quiere entenderse con cada una de las múltiples maneras en las que se presenta la realidad. Quiere entenderse con el misterio. Al fin y al cabo, ¿es posible comprenderse?, preguntaba un sabio alemán. María Zambrano contestaría que sí si contamos con la piedad, sí si somos seres bienaventurados, porque ellos saben tratar con el misterio que nos funda.

Para María Zambrano, a lo largo de la vida, los momentos de vacío, de impás, son los más decisivos: o bien vemos claramente, tomamos conciencia, o bien construimos «castillos de razones» para no ver la realidad, la temida realidad a la que no nos queremos enfrentar cara a cara. Por esta causa damos rodeos y nos obsesionamos con preguntar y razonar, dar razones que son más bien un simulacro de conocimiento, una *para-noia*, un empeño en dar explicación a lo que no queremos ver. Para Zambrano la realidad se manifiesta de forma múltiple y por ello no la podemos reducir a una sola razón. La compara con la órbita de la luna y sus caras de la que sólo vemos una, y no siempre de forma completa: «es múltiple la imagen aunque sea una sola».

La multiplicidad de los tiempos es clave para entender a Zambrano. El tiempo es sentido «como música anterior a toda música», de ahí *La metáfora del corazón* y el respirar como ejemplo del tiempo dis-

continuo y múltiple: «esta pausa imperceptible [del corazón] es un respiro», una cesura entre una situación y otra que nos permite inspirar y espirar, simplemente sosegarlo quizás de todo lo pasado. Después de ese respiro de serenidad, «ver lo que el tiempo ha causado ya es un juicio».

Precisamente es en *La metáfora del corazón* donde nos describe más lúcidamente a los bienaventurados: seres que se manifiestan sin reflexión alguna, con inteligencia y corazón unidos, en el «recogimiento unificante de la mente con el ser». Seres que crean el silencio donde es posible la escucha. Son «presencia y nada más», dotados de un corazón inocente que les hace únicos para habitar el universo, libres porque *se* conocen: «el corazón mediador, que proporciona luz y visión, ha de conocerse». «Carne y tiempo envuelven al ser humano cruzándose, a veces, como enemigos», nos dice en *Claros del bosque*; por tal razón son importantes los vacíos, los silencios que crea el bienaventurado, las treguas en medio de la batalla que nos permiten sentir la carne y escuchar al cuerpo. Por eso el bienaventurado no es el loco, aunque sí el idiota que dice que el rey está desnudo. Ni se engaña ni se equivoca con la realidad y sus convenciones. Al final, ese ver clara la realidad es lo que le permite vivir el momento, el ahora, y por tanto le cabe la posibilidad de disfrutarlo; en esto consiste la felicidad. La persona bienaventurada es la persona feliz, feliz con lo que es y

con lo que hay. ¿Un personaje insólito? Es posible, pero la felicidad ha sido la búsqueda más constante de la humanidad, la que más literatura ha generado, pero solo son bienaventuradas las personas que aceptan lo insólito de la vida, y el fracaso.

El libro se abre con «El árbol de la vida, la serpiente». De los dos árboles del paraíso, el de la ciencia y el de la vida, María Zambrano elige el de la vida. Y aquí hemos de recordar la influencia del místico, filósofo y beato mallorquín Ramon Llull (1232- 1316), bien leído por Zambrano. El *Árbol de Filosofía de Amor* de Llull empieza con una imagen muy gráfica: Ramon encuentra a Filosofía de Amor, una mujer, en el claro de un bosque de París sentada al lado de una fuente llorando. Su lamento era por los hombres de ciencia que habían olvidado y descuidado que el amor es el primer impulso hacia el saber y lo sustituían por el beneficio propio de manera que «el mal acaba desbordando el mundo». Así, después de siglos asumiendo ese lamento, todo se vuelve «color de imperio, de comercial imposición», nos dice Zambrano en *Los bienaventurados*.

En este libro de Zambrano encontramos diversos estilos de escritura. Algunos nos invitan a una lectura alegórica y contienen símbolos que se repiten en diferentes escritos suyos. Utiliza la licencia clásica de personificar conceptos abstractos, como el árbol, la serpiente, la espiral, la corona, las raíces, el agua... y el color blanco, que ella vestía tan a menudo y con

el que la enterraron. Al igual que Lull y tantos filósofos-místicos, utiliza el recurso de describir el camino de la propia vida en clave simbólica: es su manera de convertir la experiencia en saber y la confesión en guía a través de la escritura.

Existe constancia de que ella empieza a escribir conscientemente *Los bienaventurados* el 28 de abril de 1974, pero realmente comienza a gestarse desde la muerte de su hermana Araceli en 1972, su ángel a partir de aquel momento. En pleno duelo, piensa que su hermana es ya un cuerpo glorioso, es decir, con las cualidades de inteligencia, claridad, impasibilidad y sutileza. Piensa que el cristianismo ha enaltecido la santidad cuando es de las bienaventuranzas y los bienaventurados de lo que trata de verdad el cristianismo. A la muerte de Rafael Dieste, lo retrata también a él como bienaventurado y nos da pistas de las cualidades que lo definen en vida, antes de convertirse en cuerpo glorioso, y que serían: la plenitud, la naturalidad, la gracia, la compostura, la sabiduría y la paz, la paz que se comunica al estar a su lado.

No pensemos que hablar de cuerpo glorioso tras la muerte significa negar el cuerpo aquí en la tierra, antes bien, es reivindicar el cuerpo aquí y allá. No se puede vivir con prohibiciones sobre nuestro cuerpo, y lo dice una mujer, ¡hay que bailar! La danza es expresión de gozo. ¿Por qué no es todo baile y felicidad? En «El exiliado» nos lo dice: «la Historia

Universal se ha constituido a costa del Hombre Universal» y la persona concreta está exiliada, sobra. Vivimos en la era de lo explicable por razón de autoridad y no hay que confundir lo cognoscible con lo explicable. María Zambrano aboga por una razón que dé voz también al padecer, a lo sentido, a lo sagrado y a la poesía, mediante una argumentación racional y con un lenguaje comprensible, pero que integre los misterios de la vida, que no los borre por inexplicables. Y aquí entraría el libro que dejó inacabado pero que se vislumbra en muchas de las páginas de *Los bienaventurados: Historia y Revelación*.

Zambrano describe al exiliado, al místico, al filósofo, al poeta, al bienaventurado en tercera persona, como lo hacía también Ramon Llull, como lo hizo ella hablando de sí misma en *Delirio y Destino*. Se distancia de sí misma, se ve desde la tercera persona, para poder mirarse y narrarse con cierta distancia. La distancia necesaria para convertirse en testigo y referente, y crear puentes para la esperanza.

Rosa Mascarell Dauder

Los bienaventurados

*A la Fundación que lleva mi nombre,
que me permite tiempo y paz para este mi escribir.*

Introducción

Desde siempre, lo que se percibe por la visión y el haberla han sido tenidos por máximamente sospechosos en el reino de la religión, y más todavía en el del pensamiento. Pues que la razón imperante en este nuestro Occidente ha reproducido, y aun agravado, las condenas de la religión. Nada más riguroso que el «imperativo categórico» kantiano. Y si no más riguroso, más renunciador aún es el positivismo en todas sus formas, y naturalmente en la más extrema: el método fenomenológico. El ascetismo filosófico, al menos en su línea oficial, supera sin duda las condenas intelectuales impuestas por el tribunal correspondiente –cuyo nombre se resiste a pasar a esta página– de la Religión imperante. Se entiende, naturalmente, que los medios de coacción dimanados de la filosofía sólo tienen imperio allí donde nadie se atreve a mirar cara a cara a la verdad que

se le acerca o le llama, sin renegar ni tan siquiera renunciar a la filosofía misma, a su imperecedera tradición, y a ese voto de pobreza virginal que la ha mantenido, aunque a veces se enmascare tras el rigor, la nitidez y la claridad que exige implacablemente, y sobre todo en su manifestación congénitamente profesoral en este Occidente.

Visión es imaginación o, aún peor, fantasía; y es en el sujeto en quien se da la confusión en el doble sentido de serlo por sí misma y de confusión entre el ver y el pensar; irrupción más bien, diríamos, del ver en el pensar. Confusión en el primer sentido, es decir, en sí misma, por arrastrar una carga de sensualidad, aunque el sensualismo filosófico poca visión ha tenido o ninguna. El sensualismo, ya desde los epicúreos en Grecia, renuncia paradójicamente a la visión. Sólo el poeta Lucrecio transgredió los límites filosóficos y nos dejó indeleble la visión del mundo; sólo él nos ha ofrecido la danza en la ceguedad del sentido de los átomos.

Inevitablemente, tras del largo período racionalista, había de surgir en la filosofía el modo de abrazar y no de reducir la unidad al conocimiento que nunca se ha dejado de apetecer, el conocimiento poético en que la imaginación y el sentido íntimo tienen colaboración y alimento. Durante la Edad Media, la filosofía escolástica pudo prescindir de él, teniendo al lado una cosmología, y antes, una cosmogonía, dada por la revelación del Génesis. La filosofía mo-

derna, origen de la física matemática, se queda en soledad para dar una imagen del cosmos. Y, al desprenderse por completo de la revelación, queda librada a sí misma, como quería. Y el hombre que a la filosofía o a la ciencia se acoge, aun el hombre común que respira este clima, queda librado a su soledad humana, a la soledad del género humano sin cosmos y sin revelación. Y aquellos que vivían dentro aún de una religión determinada quedan escindidos, separados del pensamiento filosófico-científico y del ambiente intelectual y moral que de ellos emana, creyendo a medias y por partida doble.

Queda la poesía, depositaria del mundo llamado de la fantasía; y la fantasía, confinada a ser invención sin crédito alguno de que su ofrenda de conocimiento sea aceptada cuando, tímida o encrespadamente, la ofrece. En el Romanticismo nórdico, especialmente el alemán y el inglés, la poesía a solas tiene que rememorar el orden sagrado que toca a los sentidos, al sentir todavía más, a la imaginación y a la misma memoria. Tiene que rememorar a los dioses de Grecia, a las almas, a los personajes, a los sentires que buscan encarnarse en ellos. Nacen los grandes personajes en el llamado período Barroco. No son ya procedentes de los Autos Sacramentales, ni de los Misterios que delante de las catedrales y aun en las catedrales mismas se representaban. Mas los dos grandes personajes del teatro barroco español, *El condenado por desconfiado* y *El convidado de pie-*

dra, se han salido de ese recinto. Y del último, el autor tuvo que hacer la versión profana, lo que es tan grandemente significativo acerca de lo que andamos diciendo.

Es la pasividad la que no ha sido tomada en cuenta ni por el pensamiento ni por la poesía apenas, ni mucho menos por la moral. Todo es acción. Y, sin embargo, los preceptos religiosos tradicionales siguen ahí, impasiblemente, sin ceder. «No, no», el *cogito* ancestral está compuesto de prohibiciones. El Evangelio no se sabe bien; pues que, en esta lucha declarada y al par inconsciente, lo creador ha quedado para los muchos, y su moral, invisible. Rescatar la pasividad despertándola. La pasividad, alma vegetativa, según este olvidado pensamiento aristotélico, había quedado librada a sí misma, lo que ella menos apetece. Y la materia, a su vez, suelta, lo que contraría a su condición, lo que menos en su condición está, pues que apetece, como todo lo vivo, ascender. Y la materia apetece ser sustancia, «está dotada de privación», dice el joven Aristóteles. Y lo que le falta es ser sustancia. Y cuando es sustancia primera, si es que esto puede suceder, forma. Todo lo que nace y lo todavía no nacido está prometido a una forma. Es el sentido primordialmente nupcial de la vida aquí; aquí y ahora, y desde un principio, y más no sabemos. Cuándo cesarán estas promesas nupciales, esta apetencia de forma, no lo sabemos. Y mientras tanto aquí mismo se da

la soledad. La soledad incompleta del ser a medias logrado, la soledad que gime y se revuelve contra su suerte, exasperándose en su esperanza, cegando la fuente misma de la esperanza por la impaciencia, que tampoco le es imputable porque le ha sido negado el horizonte. El horizonte inmediato que remite al horizonte que sigue, y éste remitirá al horizonte otro o uno ya, al horizonte que la unidad abre en la conciencia anulándola y en la mente uniéndola, el horizonte que no podemos calificar, pues que no somos iluminados porque tampoco se nos iluminó. Mas se nos dio por el Maestro que descendió hasta nuestra histórica vida, hasta nuestra oscura, ciega y absolutista –tratándose de esta civilización occidental– condición, dándonos al par el absoluto y la relatividad pertinente.

Y en seguida aquí la acción surgió. Goethe lo manifestó tarde, cuando ya estaba cumplida la humana acción oscurecedora, reacia siempre a la gracia que es al par conocimiento; mas, sin duda que él, poeta, quería decir algo justo: la acción que dimana del Verbo, la acción que es verbo. Y nada de eso modifica la revelación recibida, en parte desatendida, en gran parte ignorada, y a la que se ha hecho oídos sordos, ávidos, más que de acción, de imperio. El Imperio, pecado central de este hombre que, aun en su extrema miseria, lo proclama; que arriesga proclamarlo hasta su último suspiro, que por eso no será suspiro sino cese, cesación, tal como hoy se concibe